

pan estos frívolos combates ni por la música más solemne, ni por el mayor banquete de ceremonia. En fin, en este juego, como en otros muchos, se pueden perder hasta los vestidos, y se gana, cuando no otra cosa, la rabia, la tristeza y el despecho.



Monedas de Yang Mang.

¿Y por qué? Por quedar dueño de un campo de batalla que en último caso no es más que una tabla, y ganar una especie de victoria que no ha dado á ningún vencedor títulos, pensiones ni tierras. Hay en él ingenio, no lo niego; pero un ingenio inútil al Estado en general y á la familia en particular. Es un camino que no conduce á nada. Porque si se examina con cuidado este juego con respecto al arte de la guerra, no hallo en él conformidad alguna con las lecciones que nos dejaron los más famosos maestros, y con respecto al gobierno civil, mucho menos encuentro las máximas de nuestros sabios. La habilidad de este juego consiste en sorprender al adversario, tenderle lazos y aprovecharse de sus faltas. ¿Y se inspira así la buena fe y la probidad?»

Los chinos son fatalistas. Frecuentes incendios consumen sus ciudades, pero no por eso cesan de quemar papeles é incienso y fumar y disparar fuegos artificiales en las casas de madera y paja. Encendido el fuego, creen que la casa está destinada á quemarse, y no se cuidan de apagarlo. Hay algunos libros que refutan esta creencia, pero el pueblo no los lee, y los que los han estudiado no los aprovechan. Prueba de la universal superstición son los amuletos y talismanes colgados en las casas, entre los cuales los principales son los



Moneda de la dinastía Tsin.

monedas antiguas de cobre, atravesadas por una especie de lanza de hierro á manera de espada con la empuñadura en forma de cruz, que cuelgan á la cabe-

cera de la cama á fin de que los soberanos, cuyo busto llevan, alejen los malos espíritus ó *koney*, los cuales creen que son los espectros de los que perecieron de muerte violenta, y que vuelven para espantar á los vivos. Cuando vieron por primera vez á los europeos con cabellos rubios y nariz prominente, cosas tan opuestas á su belleza ideal, las madres y nodrizas se los enseña-



Sello con caracteres primitivos chinos.

ban á los niños como ogros ó demonios, dándoles el nombre de *fan-konei* ó demonios extranjeros.

Otro talismán es la *cerradura de cien familias*. Un padre va á buscar á sus amigos y conocidos, y después de haber obtenido de cien de ellos cualquier moneda, compra con ellas un adorno en forma de cerradura para suspenderlo al cuello de su hijo, y así las cien personas están interesadas en hacerle llegar á edad madura. ¡Feliz el que puede obtener escrita de la mano del emperador la palabra *keon*, «larga vida»!

Los chinos son económicos, casi avaros. En su casa se alimentan mezquinamente, con arroz, gatos, serpientes, ratas y otros manjares repugnantes para nosotros. No bebían vino antes de la conquista de los tártaros, pero usaban otras bebidas espirituosas extraídas del arroz. Puede decirse que no se aficionan mucho á los licores, prefiriendo el te, del cual hacen un uso continuo. El más excelente se reserva para la corte; el de infima calidad para el pueblo, que así puede corregir su malas digestiones y ponerse en un estado de languidez que le parece la felicidad suprema. El emperador Kian-lung compuso sobre el te hace menos de dos siglos una poesía, en la que imaginándose un vaso, en cuyo fondo hay pintadas tres especies de arbustos floridos, dice:

«El color de la flor *me-hoa* no es hermoso sino gracioso; el *fo-cheu* se distingue por su fragancia y belleza; el fruto del pino es aromático y de agradable olor. ¿Cuál de estas tres cosas halaga más la vista, el olfato y el gusto? Al mismo tiempo poner á un fuego moderado un tripode, cuyo color y forma indiquen grandes servicios; llenarlo de limpia agua de nieve derretida: her-



El Pa-Kuá ó diagrama de «los ocho símbolos».

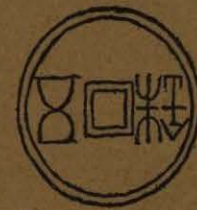
vir esta agua lo que basta para volver blanco el color de un pez ó para enrojecer un cangrejo; derramarla en una taza de barro de *yué* sobre las tiernas hojas de un té escogido; dejarla en reposo hasta que los vapores que de ella salen formen densas nubes y que vayan después poco á poco desvaneciéndose, sin que quede más que una ligera niebla sobre su superficie; beber entonces á sorbos esta bebida deliciosa, es la manera de alejar de nosotros las cinco causas de inquietud que suelen entristecernos. Uno puede gustar, puede sentir la dulce tranquilidad de esta bebida; ¿pero quién es capaz de describirla? Alejado por algún tiempo del tumulto de los negocios, me encuentro al fin solo en mi tienda en estado de gozar de mí mismo en libertad. Con una mano tomo el *fo-cheu* que aproximo ó aparto á mi voluntad; con la otra tengo la taza sobre la cual se forma todavía la hermosa nube de tenues vapores. A intervalos sorbo el licor y á intervalos observo el *mei-hoa*; doy una ligera sacudida á mi espíritu, y mis pensamientos se dirigen sin fatiga hacia los antiguos sabios. Y me figuro á U-siuan, que alimentado tan sólo del fruto del pino, gozaba de sí mismo en paz en medio de esta austera frugalidad, y le envidio y quisiera imitarlo. Llevo á la boca la tacilla y encuentro grato el licor. Después creo ver al virtuoso Lin-fu disponer por su propia mano las ramas del árbol *mei-hoa* y digo entre mí: «De esta manera solazaba su espíritu cansado de meditar profundamente sobre los objetos más principales.» Luego fijo la vista en el arbusto y me parece que las ramas toman

con Lin-fu nueva forma. Desde Lin-fu pasó á Chao-cheu ó á Yu-chi-uan y veo al primero rodeado de muchos vasos pequeños donde están todas las especies de te, y las pruebo para variar la bebida. Veo al segundo beber con profunda indiferencia el te más exquisito sin distinguirlo apenas de la bebida más vil. Su gusto no es el mío, ¿por qué imitarlos?... Pero ya tocan la diana; se aumenta la frescura de la noche; los rayos de la luna penetran por las claraboyas de mi tienda y se reflejan en los pocos muebles que la adornan. Me encuentro sin inquietud y sin cansancio; el estómago está libre y puedo con seguridad entregarme á trabajo. De esta manera y según mi escasa capacidad he hecho estos versos en la primavera de la décima luna del año *ping-yu* de mi reinado (1745). Kian-lung.»



Moneda de Yang Mang.

Cuando ocurren fiestas y solemnidades públicas ó domésticas (bodas, funerales, nacimientos), los chinos gastan sus ahorros, y se prodiga todo á porfía. Los banquetes son servidos con toda magnificencia, y los convidados sentados en el suelo con una mesita particular cada uno, usan en vez de tenedor dos punzones de marfil y ébano por medio de los cuales con maravillosa destreza y finura llevan á la boca las viandas, que se sirven ya partidas en platos de riquísima porcelana. Todo esto se hace con interminables reverencias y con taciturna gravedad. Beben con medida los licores hasta que principian á hacerles efecto; entonces pierden la moderación, y se entregan á los mayores excesos. No hay diversión sin cantores, músicos y bailarines de cuerda, y el que tiene algunos recursos, añade la comedia.



Moneda de la segunda dinastía.

Además de las fiestas privadas, cada país tiene las suyas propias, y algunas son comunes

á todo el Imperio, como la de Confucio en la primavera y otoño y la más famosa aún de principio de año, que dura desde el día primero hasta el vigésimo de la primera luna. En este tiempo están cerrados los tribunales, todo son visitas, bailes, banquetes y regocijos, y el decimoquinto día el cañón, la enorme campana de Pekín, y los tambores y trompetas de otras ciudades anuncian la fiesta de los faroles. Entonces se cierran las tiendas, cúbranse las calles de procesiones, de incienso y de músicas, de fuegos artificiales de incomparable maestría, y de faroles y lámparas en tan gran número que quizá pasen de doscientos millones, de las más variadas y extrañas formas, algunas hasta de valor de 12.000 francos, grandísimas, y cubiertas de finísima tela, en la que algunas veces se hacen mover por medio de cordelitos figuras que representan varias acciones, que es lo que nosotros llamamos sombras chinescas. Esto en medio de un ruido de campanas, de músicas, de vivas, que ensordece, como el estruendo de una batalla campal. Todos andan por las calles en estos días. Hasta las damas, siempre retiradas, salen por la ciudad con caprichosos adornos montadas en asnos ó en calesines ó carros. Todos cantan, juegan, tocan instrumentos, fuman pipas y se divierten como en carnaval.

Se permite la poligamia á los grandes y mandarines, pero una sola mujer tiene las preeminencias de esposa: las demás le están sometidas y no participan de la administración doméstica. Los matrimonios son estipulados por los padres, sin que se vean siquiera los esposos; pero los padres del novio procuran examinar á la joven, cuando la encuentran menos encubierta, y aun en el baño para descubrir si tiene defectos. Después la compran por cierta suma á sus padres, dándoles además vistosos regalos. El día de la boda, la conduce á casa del marido un magnífico acompañamiento de los parientes, amigos y criados con músicas, guirnaldas, hachones, perfumes y regalos. La esposa va en una hermosa litera, cerrada con llave, que abre el marido cuando llega, y entonces ve por primera vez á aquella con quien debe vivir para siempre. Si no le gusta, la despide, aunque esto ocurre raramente: si le agrada la introduce en la sala donde hace algunas reverencias á Tien, y á los nuevos parientes, y la deja con las señoras convidadas. Las fiestas están en proporción de la riqueza ó de la vanidad. Así celebran sus bodas los pode-

rosos. Los demás emplean menos ceremonias, pero el acto de la recepción es indispensable, cualquiera que sea la condición de los novios.

Muchos, por ahorrarse el gasto de comprar esposa, van á la casa de expósitos, donde nunca se niega una mujer al que es honrado é industrioso. Allí acuden también á tomar un hijo los que no los tienen, fingiendo embarazo la mujer, para evitar así los largos y costosos procedimientos de la adopción. Las concubinas son recibidas sin formalidad, dándose sólo á los padres la suma convenida y prometiéndoles no maltratarlas. Los hijos que nacen de ellas son considerados como si fuesen de la mujer legítima, á la cual solamente dan el título y honores de madre, y participan igualmente que los otros de la herencia del padre. Las viudas de buenas casas no vuelven á casarse; las demás son impulsadas á ello por sus padres con el objeto de aprovecharse de su venta. El hombre que queda viudo puede escoger una mujer entre sus concubinas, ó en una clase inferior sin grandes formalidades.

El marido debe habitar con su mujer en la casa paterna, sin disminuir en nada su antiguo respeto á los padres, y el Li-king asegura que se ganan diez grados de mérito en diez días de perfecta armonía dentro de la familia. Son motivos de divorcio la desobediencia habitual, la esterilidad, el adulterio, los celos (esto es, que la mujer no quiera tolerar á otra), los males asquerosos ó contagiosos, el carácter hablador y pendenciero, el hurto hecho al marido para enriquecer á su propia familia y hasta la antipatía del marido.

Las mujeres son casi esclavas, y las leyes procuran muy poco por ellas. Vendidas por la avaricia á un hombre que no conocen, encerradas y custodiadas por los celos de modo que no ven ni aún á sus más cercanos parientes, tienen que sufrir la compañía molesta de la que participa del lecho y caricias de su esposo. Si se embriagan pierden tres grados de mérito, cinco si juegan á las cartas, y diez descuidando la limpieza ó viendo un espectáculo en un día festivo. Si la mujer maltrata al marido recibe en castigo cien palos, pero él no es castigado aunque la maltrate. El labrador unce á su mujer con el asno al arado. El marido puede venderla ó jugarla con sus hijos. Casi siempre son mujeres las que dirigen los barcos en los ríos, los cuales llevan velas de estera en forma de abanico.

Sin embargo de esto, las chinas son vivas, amables, y aun bellas á su modo. Tienen ojos negros, nariz pequeña y cutis suave, pero un perpetuo artificio destruye la belleza natural. La moda exige que tengan estropeados los pies, de modo que andan sólo con los talones, bamboleándose como quien lleva muletas. El color rosado se mira como señal de inmodestia, por lo cual se dan una pintura blanca que les arruga la piel. No se cuidan del pecho ni de las caderas, y así aparecen de una grosura uniforme desde la cabeza á los pies, estando envueltas hasta las manos en mantos de elegantísima finura. Pasan la mañana entera ante el espejo, peinándose y adornándose con telas y piedras preciosas, para no ser vistas más que de los de su familia, porque una rica no sale sino encerrada en su litera.

Los hombres varían, en cuanto á sus formas, por la mucha extensión del país; pero la mayor parte tiene la piel amarillenta y ennegrecida por el sol. Es muy alabada la corpulencia como indicio de una vida cómoda, y con el objeto de parecer ricos se dejan crecer desmesuradamente las uñas. Se afeitan la cabeza, excepto un mechón en su parte superior, se cubren con un birrete en forma de cono, y tienen siempre en la mano un abanico para librarse del sol. Usan un vestido que llega á los talones, con dos faldas una sobre otra, sujeto con botones de oro; sobre éste llevan otro de color, y un tercero cuando tiene que recibir á alguien: en la cintura un estuche con la pipa, el pañuelo y los punzones para comer. Así visten ahora; pero los eruditos aseguran que no adoptaron este traje sino cuando se vieron obligados á ello por los tártaros conquistadores.

Para obligar á los padres á dar una educación esmerada á su prole, las leyes los castigan algunas veces por las faltas de sus hijos. El fin de la educación es inspirar amor á la virtud y odio al vicio, y enseñar después las artes y ciencias; y en esto como en otras cosas las leyes y los libros dictan máximas puras; tales como éstas: que la amabilidad debe preferirse al rigor; que las convenciones sean semejantes á las lluvias de primavera, que dan nueva vida á las plantas, y no á las tempestades que las destruyen. Las hijas son educadas por las madres. Cuando muere el padre la autoridad pasa al hijo mayor, lo mismo que la propiedad de todos los bienes mientras que los hermanos viven unidos. En

separándose éstos, está obligado á dar á los demás una parte igual á la que se reserva para sí. Otras leyes y libros recomiendan á los mandarines velar con cuidado para que reinen en las familias la paz y el orden.

#### El ceremonial.

El carácter artificioso de los chinos se manifiesta en todos sus actos, en las visitas de cumplido, en colocarse siempre según su clase, en el andar amenerado y en sus interminables ceremonias. Nunca dicen «yo», sino «vuestro servidor», y si la persona con quien hablan es elevada, «vuestro humildísimo é indigno esclavo». No dirigen nunca la palabra sino *al señor* y tratan de «viles, pobres y abyectos» á su país y á sus regalos, por ricos que sean, al paso que llaman «noble y respetable» todo lo que pertenece al *señor* á quien hablan. En las visitas, algunas de las cuales son indispensables en ciertas ocasiones, está determinado todo lo que han de hacer por un ceremonial que tiene la fuerza de un código. El que trastornase la más mínima parte de estas demostraciones haría una afrenta y quedaría deshonrado y castigado. Los embajadores europeos necesitaban antes cuarenta días de lecciones para saber las ceremonias con que debían presentarse al rey, y ser examinados por el tribunal de los ritos. Si faltaban á algunos de ellos, sufría el castigo su maestro.

Algo semejante ocurre entre los particulares. El que hace una visita á otro, ya sea letrado ó comerciante, hace presentar por el portero una tarjeta (*tietsee*), roja y dorada, doblada en figura de abanico, con su nombre y cumplimientos, diciendo por ejemplo, «que el tierno y sincero amigo de su señoría, ó el discípulo perpetuo de su doctrina, se presenta en calidad de tal á hacerle su reverencia hasta la tierra». Si es recibido, atraviesa la litera los patios y entra hasta la sala en que lo han de recibir. Allí el ceremonial indica una por una las cortesías, las vueltas á derecha é izquierda y los cumplimientos mudos; el rogar y negarse á pasar primero, el saludo que el amo de la casa debe hacer á la silla destinada al huésped, quitándola primero el polvo con la orilla de su vestido. Se sientan entonces gravemente y con la cabeza cubierta, pues el descubrirse sería impolítico. El uno expone el objeto á que ha venido; responde seriamente el otro; se trae después el te, y también está fijado el modo de presentarlo, de recibirlo, de llevarlo á la boca y

de volver la taza al criado, cumplimientos que se renuevan á cada nueva oferta, y que son tanto mayores, cuanto más elevada es la persona que los hace. Al despedirse consumen en melifluos cumplimientos más de media hora. El dueño de la casa sale á ver montar á caballo ó entrar en la litera á su huésped; éste protesta que no hará nada en su noble presencia; y después de mutuas instancias y repulsas, el dueño se retira un poco; el huésped monta, y aquél vuelve á aparecer y á desearle feliz viaje.



Medallas chinas.

Aquí se repiten los cumplimientos: el huésped no quiere partir hasta que entre el dueño en su casa, y él no quiere hacerlo sin verlo marchar. También es finura y cortesía que el amo de casa después de alguna instancia se declare vencido y se retire; pero apenas el huésped se ha movido, cuando vuelve á salir dándole el último adiós, al cual se debe responder con reverencias ó señas. No bien ha echado pie á tierra en su casa, cuando ve llegar á un siervo de la casa de donde viene á saber noticias suyas y complimentarlo por su vuelta.

Lo que hemos dicho se extiende también á todos los actos de la vida, á los escritos, á las relaciones; y no son asunto de cortesía sino de obligación, porque triste de aquel que teniendo que escribir, por ejemplo, el nombre del rey, no lo colocase en la parte superior de la columna y á la distancia ritual.

En aprender, ensayar y calcular todas estas futilidades se emplea la mitad de la vida de un

hombre y el perfeccionamiento se hace consistir en refinar más y más estas vanidades. El que las posee bien se tiene en una gran cosa y desprecia al que no las conoce ó no las practica.

De aquí proviene la soberbia de los chinos y la poca estima en que tienen á los extranjeros. Mientras los grandes ríos el Tigris y el Eufrates guiaban continuamente á las hordas nómadas hacia las regiones de la Mesopotamia y á las orillas del Caspio, del Ponto Euxino y del Mediterráneo, la China no tenía más que un solo enemigo confinante, los mogoles, que desde sus llanuras vinieron á hacer presa en ella más bien que á conquistarla. El conquistador, lejos de abatir esta constitución del pueblo chino, la encontró oportunísima para reinar sin obstáculos, y buscó los medios de que continuase.

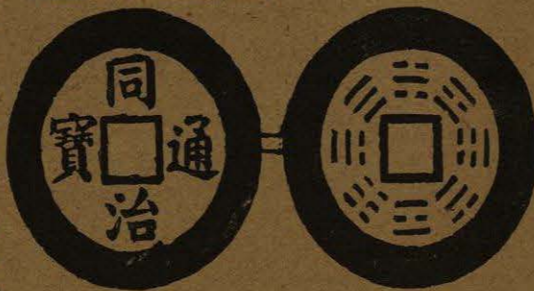
## CAPITULO IV.

## La cultura china.

Las bellas artes.—Obras públicas.—Las ciencias.  
La literatura china.

## Las bellas artes.

La escultura y la pintura en el sentido estricto de estas palabras no son conocidas de los chinos. Todos hemos visto los vivísimos colores, los dibujos con que adornan los vasos, las telas, las alhajas, y las figurillas de porcelana; pero puede decirse que á esto solo se limita su arte. Imitan pájaros y flores con toda la variedad y toda la maravillosa hermosura con que la mano de la naturaleza los adornó; representan con minuciosa



Monedas chinas con el diagrama de «los ocho símbolos».

exactitud cada objeto, de tal modo que el naturalista más escrupuloso no encontraría fuera de su lugar el canto de una hoja ó la pluma de una ala; pero no saben pasar más allá, su fantasía está aletargada, ó si alguna vez la despierta

tan es para forjar con extrañas y grotescas formas un hombre ó un dios, sin elevarse nunca á la expresión noble de las pasiones y de la fuerza. La única vez que apareció en sus anales la inteligencia del arte y la pintura hizo su oficio de suplir á la historia fué cuando el emperador Si-nen-ti, después de haber vencido á los Yungnu, hizo colocar en una sala los retratos de los grandes personajes de su reino.

Las bellas artes que en la libertad, que es su elemento, tomaron tan alto vuelo en Grecia, debían debilitarse en la China, como el niño entre las envolturas que le pone una madre demasiado solícita. El colegio de los letrados, verdadera tiranía del pensamiento, con nombre de protección, además de ejercer el oficio constante de un cuerpo académico, que es el de conservar, veda ó impide los adelantamientos. Ninguno es letrado si este colegio no le aprueba; no se imprime un libro que no sea por él revisado; no se puede enseñar doctrina alguna contraria á la admitida. El tribunal de las matemáticas tiene por dogma eterno que la tierra está en el centro del universo; el de las construcciones tiene determinadas las proporciones de la arquitectura, de modo que una columna cuya base tenga un diámetro de dos pies debe medir catorce de altura. Así también tienen modelos fijos é indeclinables la casa de un príncipe de primera, de segunda y tercera jerarquía, la de un ministro y la de un mandarín. El que no tiene grado, aunque posea millones, no puede construir más que edificios con arreglo á su clase de particular, así en lo interior como en lo exterior.

Es curioso encontrar en la China el adorno conocido con el nombre de meandro ó greca que se encuentra también en los vasos griegos y etruscos, y que no puede ser copiado de un objeto existente en la naturaleza. Esto parece indicar la existencia de comunicaciones entre unos y otros pueblos, comunicaciones que se revelan también en el hecho de encontrarse

en los sepulcros egipcios é italiotas alhajas chinescas.

## Obras públicas.

Es laudable la disposición general de las piezas, en los palacios y los templos de China, cuyos naturales, apartándose de una afectada mezquindad en los monumentos públicos, llevaron á cabo obras inmortales, construidas con mármoles ó con ladrillos cocidos de una manera particular. Ya hemos hablado de la Gran Muralla y á esta hay que añadir el Canal de Pekín, trabajos, que



Puerta del Cielo en Shanghai.

aun sin dejarse llevar de la admiración que causan en los habitantes y viajeros, puede decirse que no tiene iguales en el mundo. Si hemos de creer ciertas relaciones, cortaron los chinos algunas montañas en forma de cabezas de caballos, de hombres y de pájaros, con tanta paciencia, que ellos mismos no pueden atribuir las sino á demonios y magos famosos.

A ser cierto esto formaría contraste con el carácter de utilidad que tienen generalmente sus construcciones. Entre ellas merecen alabanza los caminos, que atravesando las más escarpadas montañas y perforando las rocas, bien enarenados, y muchos de ellos sombreros, facilitan los viajes. Algunos pasan por puentes, suspendidos sobre hondos precipicios, á la manera de los que sólo hace un siglo se conocie-

ron en Europa. El de *Lu-kokiao* á pocas millas de Pekín, hecho de mármol blanco, con setenta columnas á cada lado, entrelazadas con grupos de hojas, de pájaros y otros caprichos delicadísimos, fué destruido en parte por un aluvión y reconstruido después. Otros puentes tienen de largo hasta ciento sesenta toesas y están contruidos sobre cien arcos, tal como el de *Ocu* en la provincia de Fokien. Otros ríos se pasan por puentes de ciento treinta barcas encadenadas. Desde Han-chong-fu en el Chen-si, parte un camino para la capital, donde trabajaron más de cien mil hombres en aplanar montañas echando de unas á otras puentes tan altos, que causa pavor la vista del abismo que queda debajo. En el Suen-cheu-fu, sobre un brazo de mar, hay un puente de piedra de mil quinientos veinte pies chinos de largo por veinte de ancho, sostenido por doscientos cincuenta y dos pilares grandes, tan altos que dejan pasar por debajo barcos de gran porte; y sin embargo está todo formado de travesaños colocados de un pilar á otro.

Menos útiles, pero agradable como prueba de los sentimientos de gratitud del pueblo chino, son los arcos de triunfo de que están llenas las ciudades, las colinas y los caminos, para honrar á los hombres ilustres por su virtud, piedad, valor ó ciencia. Estos arcos suelen tener la mayor parte un solo ojo, y á veces tres. Algunos son todos de mármol; otros sólo el pedestal, y lo restante de bambú. Están exquisitamente trabajados (por lo menos los antiguos) y tienen apariencia graciosa si no artísticamente bella. Los chinos no conocen ni capiteles ni cornisas y ponen el friso alto hasta donde alcanza la vista, para dejar así mayor campo á los calados, ornamentos é inscripciones.

Levantán á mayor altura las torres, de una manera que les es peculiar. A poca distancia de Nanking hay una de forma octógona, incrustada de porcelana y cubierta de tejas verdes barnizadas, de doscientos pies de alta, con un diámetro de cuarenta. En cada uno de los nueve pisos, á los cuales se sube por una angosta escalera, se abren ocho ventanas que como el edificio van en disminución á medida que se va subiendo. De cada piso sale un tejadillo que también va en disminución. En la cúspide hay un enorme globo dorado, que con el esplendor de todo el edificio, con los idolillos y otros adornos que la torre tiene, hacen de ella el edificio

más sólido, así como el más magnífico de toda el Asia Oriental. Su antigüedad parece que se remonta á ocho siglos.

De estas torres algunas sirven de monumentos; otras para gozar de más extenso horizonte; otras sostienen enormes campanas con las cuales se marcan las horas por la noche, dando en ellas con mazos de porra de hierro. Estos edificios y los templos despiertan la admiración, pero no ese dulce sentimiento que produce la belleza apacible y la fuerza proporcionada con el fin para que se emplea. Así el abuso de tejadillos, la minuciosidad de los frisos, el tallado de los adornos, revelan un pueblo que llegó á elevarse á fuerza de arte, no de ingenio, pero que nunca pudo alcanzar la verdadera belleza en los escritos, la naturalidad en la pintura, ni la solidez regular en las construcciones.

En cambio, no han tenido los chinos más que imitar la naturaleza de su país para formar jardines que por una feliz combinación de lo ameno con lo grave, merecen que nosotros los llamemos hermosos.

Desde muy antiguo se cultiva en la China la música, «expresión é imagen de la unión de la tierra con el cielo» como dice el Li-ki; y á sus primeros emperadores atribuyen los chinos el mérito de la invención de algunos instrumentos.

#### Las ciencias.

En las ciencias de observación hubieran podido progresar los chinos, siendo como son atentos y minuciosos; pero una multitud de preocupaciones los retuvieron muy lejos de la excelencia en ellas. Los libros canónicos ponen la salud y la larga vida entre las cinco bienaventuranzas, y hace cuatro mil años que un emperador escribió la primera obra de medicina; pero á pesar de esto, no fundaron nunca la parte teórica de esta ciencia sobre justos razonamientos. Reunieron diligentemente muchos casos especiales, y de ellos dedujeron algunas reglas generales y empíricas. Su farmacopea es abundante. Tienen gran práctica en el pulso que estudian horas y más horas con la paciencia propia de este pueblo, y poseen una finísima y penetrante observación de todos los síntomas. Desde hace siglos se preservan de la viruelas por medio de la inoculación, y parece que conocían de muy antiguo la circulación de la sangre, encontrando

en ella relaciones con el movimiento del sol. Sin embargo, para ellos sería impiedad hacer la disección de un cadáver y quitaría la eficacia á sus complicadísimas recetas el que al extenderlas omitiese ciertas fórmulas. Los calendarios marcan el tiempo oportuno para las sangrías y para las purgas, y después de un sutilísimo y acaso quimérico diagnóstico, barbarizan en las aplicaciones como podría hacerlo un curandero.

Siendo su escritura figurativa, era ésta muy conveniente para suministrar los elementos de una clasificación regular fijando en la mente los caracteres distintivos de los cuerpos. Como hemos dicho ya, adoptaron cierto número de tipos á los cuales referían todos los demás según su analogía, y las clases y las familias que así formaron, presentan como un bosquejo de clasificación de la historia natural. En ellas se encuentran los seres relacionados con las familias naturales que después les fueron verdaderamente asignadas por nuestros modernos naturalistas. Así el lobo, la zorra, la comadreja y otros carnívoros son referidos al perro; al ciervo, el gamo, el macho cabrío y el almizelero; al buey, los rumiantes; los roedores al ratón; los paquidermos al cerdo; los solípedos al caballo; y á los insectos (á los cuales refieren los crustáceos) los llaman animales que tienen los huesos fuera del cuerpo, definición que está en armonía con las modernas ideas de anatomía comparada. Pero observadores minuciosos de las apariencias exteriores, se detuvieron aquí sin indagar la estructura interior del organismo. Corren entre los chinos extravagantes ideas sobre la generación de los animales, las transformaciones de las estrellas en piedras, del hielo en cristal de roca, de los ratones en codornices y de los seres insensibles en seres sensibles. La filosofía atomística de Chud-hi cerró los caminos á nuevos descubrimientos, pretendiendo explicar todas las cosas por medio del movimiento y del reposo, por la expansión y la contracción, de donde proviene la diferencia de sexos, la esencia de los elementos, las propiedades de los cuerpos, y por último la causa de las enfermedades.

Conocieron los chinos desde muy antiguo la numeración decimal, pero tuvieron una cifra particular para el 10, lo cual embaraza las operaciones aritméticas. Verdad es que enmendaron este defecto con métodos mecánicos,

por medio de fichas y de cordelillos (*suan-pon*) de admirable facilidad.

Entre los chinos, unidos en nación desde hace tanto tiempo, bajo leyes y costumbres inmutables, que prescriben el estudio de los astros como parte de las ceremonias religiosas, parece que deberían encontrarse los mayores conocimientos en astronomía. Aunque se manifiesta ignorante en la astronomía el compilador del *Chu-king*, da á entender sin embargo que los primeros reyes se ocupaban en el estudio de la ciencia de las estrellas, pues que el rey Ching-cang mandó dar muerte á sus ministros Hi y Ho por no haberle predicho un eclipse. En estos anales se refiere un eclipse de sol acaecido en el año 2128 y una conjunción de cinco planetas en 2459, la cual para ser calculada exigió grandes conocimientos en la ciencia. Algunos otros han pretendido encontrar en sus anales una serie de eclipses de sol, no interrumpida por espacio de tres mil ochocientos cincuenta y ocho años. Sin embargo no hacen más que simples indicaciones y no señalan tampoco, á imitación de los caldeos, la magnitud de la parte eclipsada, sin cuyo conocimiento no puede decirse que poseyeran verdaderamente la ciencia astronómica. Basta el parangón de algunos eclipses y de los solsticios en épocas remotas para conocer los movimientos medios del sol y de la luna; pero la variedad engañosa de sus movimientos y las paralajes que cambian el aspecto con que se presentan no se pueden calcular sino por medio de la ciencia. Ahora bien, ésta no la alcanzaron los chinos, pues se dieron por satisfechos con las noticias que podían adquirir por la observación. Que no tomaron de otro pueblo su astronomía se prueba por su originalidad en ella, pues refieren siempre al Ecuador los movimientos del sol, de la luna y de los planetas por medio de la ascensión recta y la distancia polar, y no á la eclíptica como los egipcios; de modo que la extensión angular y los límites de las veintiocho constelaciones del zodiaco lunar deberían variar sucesivamente al mismo tiempo que el polo del Ecuador con respecto al de la eclíptica. La oblicuidad de ésta fué calculada por Cheu-kunk, hermano del emperador Vu-huang, mil cien años antes de Cristo, por medio de las longitudes meridianas de las sombras solsticiales. Al paso que los pueblos clásicos no indicaban sino de tiempo en tiempo el lugar del cielo en que aparecía un cometa, sin ninguna

exactitud sobre su camino aparente, los chinos observaban cuidadosamente estos fenómenos y cinco siglos antes de Cristo tenían ya conocimiento exacto del camino de cada cometa, y de su cola, á la cual dan el nombre pintoresco de escoba (*sui*).

Desde el cuarto siglo comienza una serie no interrumpida de observaciones sobre los solsticios, los eclipses y los cometas. A principios de la Era vulgar se publicó un tratado de astronomía; en el año 164 un catálogo de tres mil quinientas estrellas. Ya en 173 observaron la sombra del gnomon ó estilo en tiempos equidis-



Tipos antiguos de la China.

tantes, antes y después del solsticio, medio de hallar éste por interpolación con mayor exactitud que observando inmediatamente la sombra solsticia. Después en el siglo III Yu-hi descubrió el movimiento equinoccial calculándolo en un grado cada cincuenta años; y en 461 el ilustre astrónomo Tsu-chang dedujo de esto la duración del año trópico de trescientos sesenta y cinco días y 24.282, valor mucho más exacto que el de los griegos y el de los árabes y casi idéntico al de Copérnico.

Desde entonces fué perfeccionándose la astronomía hasta mediados del siglo XIII, en que apareció Cochen-king, observador experto, que introdujo métodos é instrumentos exactos. Alargó el gnomon de ocho á cuarenta pies y lo terminó no en punta sino en un disco atravesado por un agujero muy pequeñito; y así, procediendo más acertadamente que lo hizo Tycho-Brahe, halló la duración del año, igual á la del nuestro después de la corrección gregoriana, y fijó la posición del solsticio de invierno con respecto á las estrellas en el año 1280. Verdad es, sin em-

bargo, que pudo valerse de los conocimientos de los árabes.

Después de él decayó la astronomía, tanto que cuando llegaron los europeos no sabían los chinos ni aun hallar la declinación del sol, ni deducirla de la longitud de la sombra, esto es, resolver un triángulo rectángulo; y es maravilloso lo que asombraron á los mandarines y al emperador el jesuita Verbiest y sus compañeros cuando señalaron exactamente el punto á que llegaría la sombra de un árbol al medio día en un día determinado. El tribunal de astronomía debe presentar al rey cada cuarenta y cinco días el estado del cielo y de las variaciones más importantes que han de verificarse, las predicciones no sólo del tiempo sino de las enfermedades, de la sequía, del hambre, y de los días fastos y nefastos; y esta mezcla de ideas astrológicas causa no poco daño á la verdadera ciencia. Los misioneros europeos, por lo tanto, aunque con los imperfectos conocimientos del siglo XVII, les superaron de tal manera que les fué confiado el cargo de astrónomos que ejercieron hasta su expulsión.

Reunieron los chinos todos su saber en una enciclopedia cuya impresión duró casi un siglo y cuyas divisiones manifiestan cuán poco idóneos son para generalizar las ideas. Esta obra es como un ensayo de niños, que creen que saben y pueden decirlo todo. Sin embargo, no deja de tener grande importancia, por extenderse á todos los ramos del saber y de la industria humana.

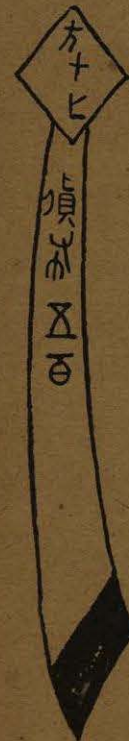
Sabido es, aparte de esto, que desde tiempo inmemorial conocen los chinos la brújula, los pozos artesianos y las casas de hierro; que desde el año 952 después de Cristo, usan la estereotipia; que en 1154 poseían el papel moneda; á principios del siglo XII las cartas de juego, en el X los *caros* *de rajas*, que acaso sean los cañones que llaman por onomatopeya *pao*; y el nieto del mogol Kublay tenía un



Cuchillo moneda de la época primitiva.

cuerpo de artillería china en el año 1232, es decir, un siglo antes que los ingleses desordenasen en Crecy á los franceses por medio de la artillería. Todas estas invenciones, cuyo mérito quizá pertenezca á la casualidad, quedaron en China sin progreso y sin aplicación. Lo contrario sucedió en Europa, donde continúan siempre perfeccionándose; y en esto consiste la diferencia capital entre el espíritu europeo y el oriental.

La razón china, tan desposeída de entusiasmo, todo lo reduce á números; así se contaron los elementos, las virtudes y los vicios, las cualidades físicas y las morales, encajando cada clase de objetos, por decirlo así, en otras tantas casillas numeradas y señaladas, como un catálogo de biblioteca. Al número dos se refieren los dos principios de la naturaleza, cielo y tierra, el vacío y la plenitud; al tres, las virtudes cardinales y sus vicios opuestos, los tres primeros reyes, el cielo, la tierra y el hombre; en el cuatro ponen los cuatro mares, las cuatro montañas, las cuatro estaciones, cuatro pueblos bárbaros; en el cinco, las relaciones sociales, los elementos, los cinco colores, los cinco planetas, los cinco grados, las cinco especies de granos, las cinco vísceras; en el seis, los seis oficios, las seis desgracias, y así prosiguen hasta el ciento, número de las familias chinas y al diez mil que indica la universalidad de las cosas.



Sable moneda de Sinen-Ho.

**Literatura china.** El emperador Kien-lung en 1773

decretó que se hiciese una colección de las obras más estimadas escritas en chino, y la colección pasa ya de ciento sesenta mil volúmenes; literatura vastísima y que prescindiendo de las ideas de escuela, puede llamarse hermosa é interesante. Pero el exceso del raciocinio embota las más veces el entusiasmo, y en ella se buscan más á menudo las sutilezas del espíritu que las emociones del corazón.

Su monumento literario más antiguo son los *King* ó libros canónicos que ya hemos mencionado varias veces. La más importante entre las obras de Confucio fué la colección de los cinco *King* sacados de la tradición y de algunos fragmentos escritos. El *Chu-king* (primavera-otoño) es una recopilación de los discursos y de los hechos de los patriarcas comenzando por Yao. Muchas de las partes del *Chu-king* son anteriores á los libros de Moisés, y hacen subir su antigüedad á veintiseis siglos antes de J. C. Los chinos, lo mismo que los árabes con el Corán, tienen este libro por inimitable, por la robusta



Tipos antiguos de la China.

concisión de su estilo, no menos que por la elevación de las cuestiones que en él se agitan, en rededor de cuyas escuelas se agrupa toda la filosofía china, y por las reflexiones tranquilas y benévolas con que consuela á las almas tristes.

El *Y-king* versa enteramente sobre las combinaciones de las seis líneas horizontales, tres seguidas y tres cortadas que forman sesenta y cuatro figuras; especie de álgebra intelectual inventada por Fo-hi, pero tan complicada que á muy pocos es accesible. Quizá por haber caído en manos del vulgo estas sesenta y cuatro figuras, adquirieron un significado cabalístico y servían para echar suertes, cuando habiendo subido al trono la tercera dinastía, Vu-huang sacó de ellas partido para paliar la usurpación, añadiendo á aquellos signos significaciones enigmáticas, alusivas á su política, y oscuras también y por esto veneradas. Confucio quiso amoldarlas á sus ideas políticas y en vez de presentar éstas como fruto de su pensamiento, lo cual hubiera hecho que fuesen rechazadas sin examen, las presentó como explicación de las obs-